



GALERÍA DE ARQUETIPOS

FRANCESC-MARC
ÁLVARO

Tener veinte años y descubrir París fue el gran sueño de toda una generación. Hoy, gracias al sistema social y político del balneario europeo, los nietos de la Europa del carbón y del acero van y vienen por las universidades del Viejo Continente intercambiando libros, amores, tatuajes y consignas. La democratización del saber universitario más la expansión del turismo de bajo coste y la popularización del idioma inglés hacen posible la creación del nuevo ciudadano europeo por antonomasia, el que nunca se levantará (se supone) en armas contra el vecino, como ha ocurrido cíclicamente durante siglos. El programa Erasmus convierte los estudios superiores en un trampolín para hacer lo que antes hacían los viajeros que andaban por los caminos buscando conocimientos, experiencias y no se sabe muy bien qué. Los erasmus siguen el ritual del clásico periplo de formación que —ahora con escenografía de todo a cien— trata de emular el viaje a Italia de Goethe. Medio goliardos y medio veraneantes, a caballo de clases y fiestas de botellón, los chicos y chicas del Erasmus descubren en directo lo que el filósofo Emmanuel Lévinas llama “el otro”. Y “el otro” los descubre a ellos.

Viaje iniciático en un mundo que ha quitado misterio a los desplazamientos, el recorrido de los erasmus es una celebración confiada de la globalización. Los jóvenes que se pasan un curso fuera de casa, aprendiendo otra lengua y otro horario, aprendiendo otra luz y otras comidas, van trenzando vínculos sutiles que están más allá y más acá de cualquier tratado constitucional europeo. Si, además, se empapan de nombres y teorías, de referencias y de lecturas, mejor que mejor. Una inmersión en otras aulas, junto a profesores a los que hay que

Viajeros en curso

El estudiante de Erasmus. El programa europeo de intercambio universitario es un gran puente de proyección exterior. Durante el curso 2004-2005 pasaron por las aulas catalanas cerca de 4.300 jóvenes erasmus. Se trata del 17% de todos los que llegaron a España. Esta presencia se ha duplicado en casi diez años y crece



Oficina informativa de la Universitat de Barcelona

MARC ARIAS

descifrar y compañeros de apellidos difíciles, es buena para la disolución de prejuicios y la creación de oportunidades. No faltan quienes descubren su pasión por ahondar en un país que no conocían y quienes acaban prolongando su vínculo académico y profesional con una ciudad de adopción.

Residencias y ruidosos pisos de amigos (con gente entrando y saliendo a todas horas) son lugares donde el estudiante vela sus armas cuando no está en clase, la biblioteca, los bares, los cines y descubriendo paisajes nuevos. Como todo rito de desdoblamiento personal, los intensos meses del Erasmus constituyen una forma de inventarse uno mismo más que de descubrirse. Nadie se descubre, ni a los 20 ni a los 70 años. Todos nos reinventamos varias veces hasta que se para la máquina y no quedan más muecas ni más palabras para colgar en la puerta de la nevera. Alejarse de la familia y de los amigos de siempre, tratar de comunicarse en una lengua nueva, situarse en una sociedad con códigos distintos, todo ello son formas de ser un personaje de otra película.

Tras el viaje, quedan las fotos, los e-mails, los apuntes, los desamores y una transformación más o menos evidente. También un *spleen* o *saudade* que se mezclará con los saberes adquiridos junto a diccionarios subrayados, direcciones anotadas en los libros y cachivaches acumulados en el fondo de una gran maleta. La pequeña épica estudiantil tiene sus bodegones y tiene su tiempo de evaporación. Pero luego, más tarde, cuando todo esté tamizado, quedará la amistad y otra manera de mirar a los otros. Y también a uno mismo. Los campos de Europa, que han visto morir millones de seres humanos, son hoy atravesados por viajeros en curso que buscan el secreto que todos buscamos. ●



ESPECIES URBANAS

JOHN WILLIAM
WILKINSON

Fabià Comas i Oller, un comercial soltero de 34 años, se sentó a una de las mesas de la terraza del bar de la plaza. Delante de él estaba la diminuta tienda de filatelia que su tío Josep le había dejado en herencia. Pidió una caña y se puso a pensar en cómo sacar el mayor rendimiento del local.

Pasó volando una hora entera sin que se le ocurriera una sola idea original, pero consciente de que se hallaba ante una oportunidad única para liberarse de una vez por todas de su aburridísimo puesto de comercial, pidió otra caña y unas aceitunas rellenas. Lo importante no residía tanto en descubrir lo que él podía ofrecer a la gente, sino en dar con una necesidad no cubierta en el seno de una sociedad consumista en permanente crisis de valores. Satisfecho con esta conclusión, pidió un whisky.

Las fachadas de los edificios de la plaza formaban un collage de anuncios, en su mayoría de pisos, aunque también de cursos de yoga, tarot, feng-shui, sardanas y cosas por el esti-

¡Que nos cojan confesados!

lo. O sea, que la gente andaba buscando dónde vivir y algo en qué creer. Fue al percatarse de esto, es decir, tras el primer sorbo del segundo whisky, cuando Fabià supo con absoluta claridad lo que quería hacer con su pequeño local. “¡Será —dijo en voz alta— el primer confesionario laico del país!”.

Acto seguido, llamó a su amigo Jaume, que vive en la casa *pairal* de su familia en la Plana de Vic. Le preguntó a bocajarro si no tendría olvidado en las *golfes* un confesionario. Naturalmente acertó y, a cambio de 2.000 euros, se hizo con un espléndido confesionario dieciochesco portátil de pino, teca y nogal. Apeataba a incienso

y pecado, e incluso la rejilla original estaba intacta.

Una cuadrilla de ecuatorianos se ocupó de vaciar el local y pintarlo de colores *barrocos*. Había flores y velas encendidas por todas partes. El rótulo sobre la puerta decía: “Confesionario laico”.

Ataviado con una especie de chilaba y tocado con un gorro turco, Fabià, armándose de coraje, abrió por primera vez la puerta al público. Antes de que pudiera girar hacia el interior de la tienda, apareció en el quicio un anciana señora miope y muy bajita que no paraba de hacerle preguntas impertinentes. Acabó la jornada, agotadora, sin haber confesado a nadie.

Y así fue durante las primeras semanas. Hasta que, un buen día, se presentó un elegante caballero de mediana edad que, tras interesarse por la tarifa —50 euros— se arrodilló sin más y se puso a susurrar a través de la rejilla una escabrosa historia repleta de codicia y puñaladas traperas. Al acabar, le pidió a Fabià que le dictara una penitencia ejemplar. En esto no había pensado el inexperto confesor laico, pero enseguida le espetó: “Besa una piedra patria”.

A partir de entonces el negocio de Fabià ha ido viento en popa. Su clientela consiste mayormente en ex altos cargos y sus esposas y queridas, políticos nacionalistas súbitamente forrados, intelectuales de pacotilla (valga la redundancia), cómicos mediáticos y, cómo no, sacerdotes con mono disfrazados de paisano. Todos arrastran una mala conciencia de camello. Pagan los 150 euros en metálico y aceptan la penitencia impuesta sin rechistar. Pronto Fabià abrirá franquicias en todo el territorio. ●



LA COTORRA DOMINICAL

CAPDEVILA
& COROMINA

